

# EL JARDÍN DE LAS ESENCIAS

IRENE FLORES SÁNCHEZ

En una ciudad muy poblada vivía un hombre llamado Beltrán. Era un apasionado de las flores y las plantas; por eso tenía en su casa un jardín propia. Lo cuidaba con mucho esmero con ayuda de su vecina Lila, una niña curiosa que, cada vez que podía, se colaba en el jardín de Beltrán. Lila se quedaba maravillada porque estaba repleto de colores, olores y formas, pero una amapola en especial le llamaba siempre la atención. No era igual que las demás: no tenía un color brillante ni era totalmente firme; al contrario, se caracterizaba por su palidez y su llamativa curvatura.



Algunas flores murmuraban cuando el viento soplaban.

—Si fueras un poco más recta...

—Si tu color fuera más intenso...

La amapola intentaba estirarse cuando salía el sol. Trataba de mantenerse firme cuando el viento soplaban. Pero cuanto más probaba parecerse a las demás, más se doblaba.

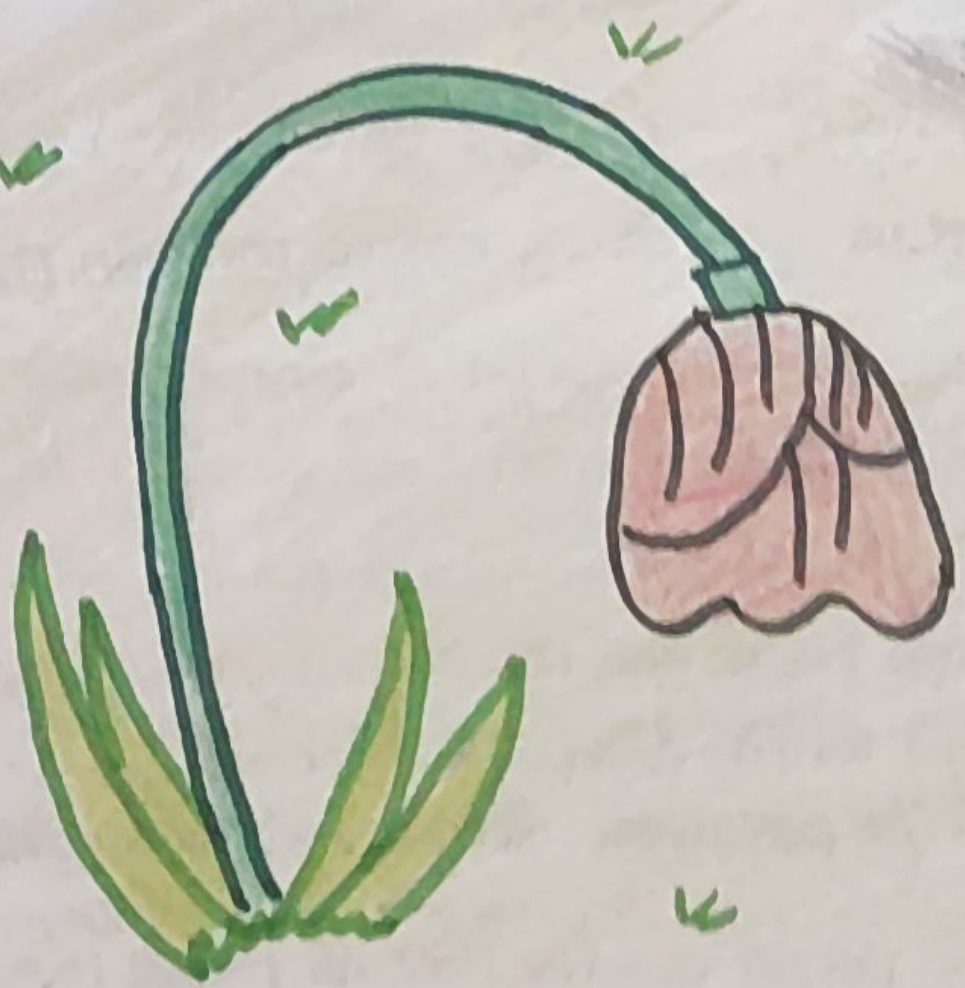
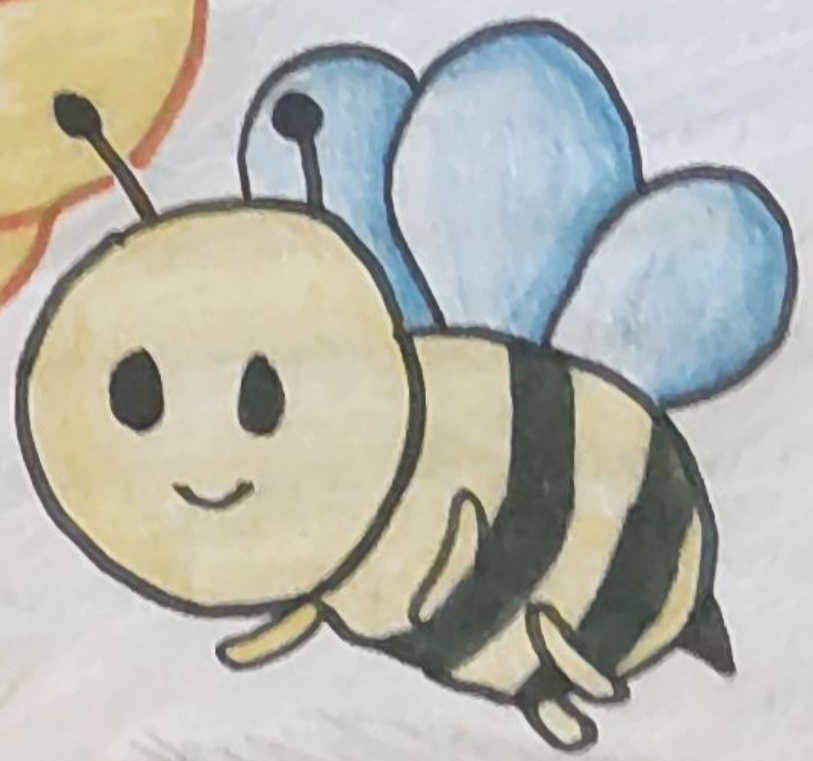
Beltrán detestaba que su jardín no estuviese perfecto, por lo que cada vez que veía una flor que no le parecía bonita, la arrancaba. La amapola sabía lo que le esperaba; había visto desaparecer a otras flores que tampoco encajaban. Temía ser la siguiente.

Una mañana, escuchó a Beltrán decir:

—Esta no durará mucho aquí.

Eso fue lo que la hizo decidir. Antes de que eso sucediera, huyó del jardín.

No sabía adonde ir. Estaba perdida y sola. Pensaba que ningún otro jardín estaría dispuesto a acogerla. Caminó durante días. Pasó junto a campos donde las flores crecían altas y rectas, y sintió envidia de su tallo curvado. Intentó esconderse cuando alguien pasaba cerca. Hasta que, de repente, se encontró con una pequeña colmena. Con la esperanza de encontrar a alguien, se asomó... pero parecía vacía. De pronto, una abeja de alas fuertes apareció frente a ella.



-¿Quién eres tú?— preguntó la abeja.

-Yo... soy una amapola — respondió bajando sus pétalos—. Me fui del jardín donde vivía porque no era lo bastante bonita. Y ahora no tengo dónde quedarme.

La abeja la miró con curiosidad.

-¿Y quién ha decidido lo que es bonito?

Amapola bajó aún más sus pétalos.

-Él dice que lo bonito es lo recto, brillante y perfecto. Y yo no soy así. He intentado cambiar pero no puedo.

La abeja se acercó un poco más.

-Tal vez estás confundiendo lo que parece con lo que eres — dijo, pero Amapola no entendía.

-¿No es lo mismo?

-No — dijo Maya, la abeja. — Lo que parece cambia según quién mire. Pero lo que es... eso no cambia. Eso es tu esencia.

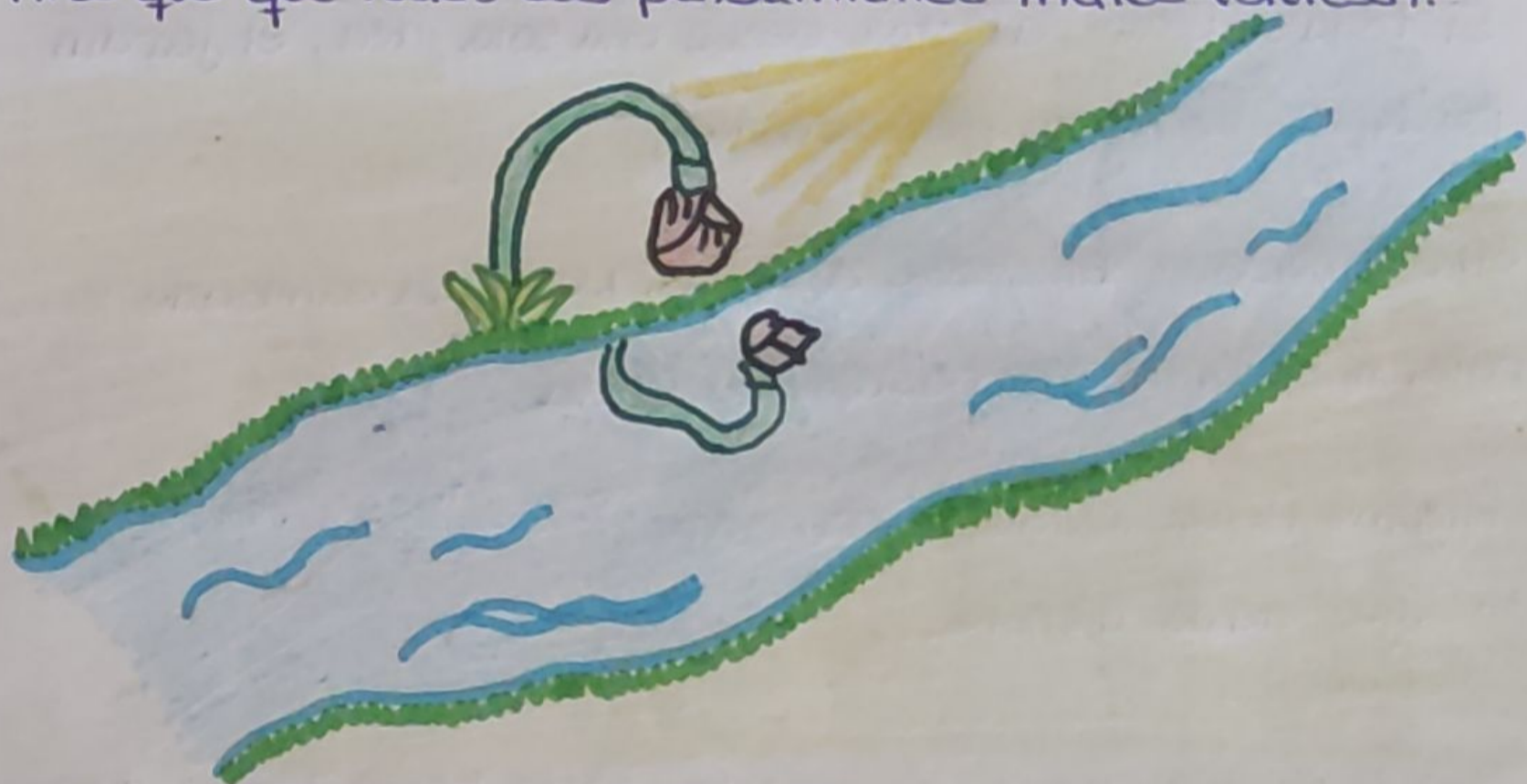
Esa palabra se quedó flotando en el aire.

-¿Esencia?

-Sí. La esencia es lo que hace que tú seas tú y no otra flor. No es tu color, ni tu forma. Eso puede cambiar. La esencia es tu sustancia, lo que permanece aunque lo demás cambie.

Aquella noche, Amapola pensó mucho. Recordó todas las veces que había intentado enderezarse, cómo se com-

paraba con las demás. Y se dio cuenta de que, aunque su tallo se doblara con el viento o sus pétalos perdieran color con el tiempo, seguía sintiéndose ella. Al día siguiente, salió a caminar y vio su reflejo en el agua de un charco. Su imagen se movía y se deformaba con las ondas, lo que hizo que todos sus pensamientos malos volvieran.



-¿Soy así de torcida?— preguntó.

El agua respondió con un suave sonido:

-Eso es solo el reflejo. Tú eres más que lo que se.

Un rayo de luz atravesó el bosque y añadió:

-Yo ilumino cosas distintas cada día, pero sigo siendo luz.

Entonces Amapolo comprendió algo muy importante: lo que se ve puede cambiar, pero lo que es de verdad permanece. Con esa idea volvió al jardín. Pero al regresar, sintió miedo. ¿Y si nada había cambiado?

¿Y si el jardinero la arrancaba sin pensarlo? Beltrán estaba observando las flores, buscando cuáles no eran perfectas. Lila estaba a su lado.

—No todas tienen que ser iguales— decía la niña—.

Si todas fueran perfectas según una sola idea, el jardín perdería toda su personalidad.

En ese momento, Amapola apareció. No habría cambiado su color ni su forma. Pero sabía quién era.

Algunas flores volvieron a susurrar:

—Sigue siendo distinta...

Beltrán la miró. Iba a arrancarla, como había hecho tantas veces antes, pero Lila se interpuso.

—¿Y si lo imperfecto solo es diferente?— preguntó la niña—.

¿Y si la belleza no está en la apariencia, sino en la esencia?

Beltrán dudó. Miró el jardín con otros ojos. Por primera vez entendió que se había equivocado. Había confundido la apariencia con el ser.



Y Amapola, sin volverse más brillante ni más recta,  
bierito que no necesitaba cambiar para ser valiosa.  
perfectas o imperfectas. Se hablaba simplemente de  
algo sino serlo



se sintió más fuerte que nunca. Porque habían descu-  
Desde entonces, en aquel jardín no se hablaba de Flores  
Flores. Y entendieron que lo más importante no es parecer

